

Gandolfo para tomar un poco de descanso, y no podía por otra parte dejar á Roma sin arreglar muchos asuntos del gobierno romano.

No había en estas condiciones nada que no fuese admisible, pues si bien se prometía oír las reclamaciones del papa sobre ciertos artículos orgánicos, no mediaba promesa ninguna formal de atemperarse á ellas, caso de ser contrarias á los principios de la Iglesia francesa. El mismo cardenal Fesch había declarado explícitamente que jamás se introduciría modificación alguna en el artículo orgánico que más ofendía á la corte de Roma, que era el que exigía el consentimiento de la autoridad civil para la introducción de las bulas pontificias en Francia. También se podía prometer, sin el menor escrúpulo, una ceremonia única y la observancia del ritual romano ó francés; la esperanza de que mejoraría el Estado territorial de la Santa Sede, en lo cual pensaba Napoleón con mucha frecuencia; el envío de una diputación que invitase al papa solemnemente á trasladarse á París; que para motivar este viaje se alegrarían los intereses de la Iglesia, y que serían castigados los cuatro obispos que se habían vuelto á rebelar después de su reconciliación y que turbaban la paz de la Iglesia de una manera lastimosa. Por último, podía contraerse el empeño de no solicitar de Pío VII nada que pudiera parecer indecoroso, y de dejarle en entera libertad, pues jamás había pensado otra cosa Napoleón ni su gobierno, y sólo la imaginación asombradiza de aquellos ancianos débiles y meticulosos podía sugerir la idea de que el papa tuviera que recelar de su viaje á Francia.

Después de competentemente autorizado, declaró el cardenal Fesch que el emperador ocurriría á todos los gastos del viaje, lo cual, para un gobierno arruinado como el de Roma, era quitar del medio un grande estorbo, y además habló detalladamente de la magnífica acogida que al Padre Santo se le preparaba. Pero le molestó con exigencias accesorias de todo punto intempestivas; quería que acompañasen al papa doce cardenales, además del secretario de Estado Consalvi; quería, contra la costumbre establecida que determina la antelación de unos con respecto á otros por derecho de antigüedad, ocupar el primer lugar en el carruaje pontifical, á título de embajador, de capellán mayor y tío del emperador. Todo esto era inútil é inoportuno, y causaba á aquellos hombres tímidos y rutineros tanta pesadumbre como las más serias dificultades.

Cedió Pío VII en algunos puntos, pero se mostró inflexible en cuanto al número de los cardenales y á sacar de su corte al secretario de Estado. Pío VII y Consalvi habían imaginado en sus vagos terrores ocurrir á todos los peligros que amenazaran á la Iglesia con una singular precaución. El Padre Santo, que se creía más enfermo de lo que estaba, y que consideraba como una violencia mortal la agitación nerviosa de que se veía atacado, juzgaba que podía fácilmente expirar en el camino; también creía que se intentaría quizás abusar de él. Para este segundo caso tenía ya redactada y firmada á prevención una abdicación formal, que depositó en manos del cardenal Consalvi, para que pudiera éste declarar la Sede vacante. Tanto en el caso de abdicar como en el de que muriese, era además preciso convocar el Sacro Colegio para proveer la cátedra de San Pedro, y por consiguiente

era indispensable dejar en Roma cuantos más cardenales fuese posible, y entre ellos al hombre que por su sagacidad era reputado como el más apto para dirigir á la Iglesia en aquellas graves circunstancias, que era el cardenal Consalvi. Otra consideración, finalmente, obligaba al papa á obrar de este modo. No había podido evitar una explicación de la corte de Austria para que consintiese su viaje á París; el Austria, que comprendía su situación, había reconocido la necesidad imprescindible que tenía de emprender dicho viaje; pero le había exigido como garantía que prometiese no tratar en París de los arreglos de la Iglesia germánica, que debían ser consecuencia del receso de 1803, pues este era el principal motivo porque temía la ida del papa á Francia. Pío VII había dado palabra solemne de no tratar con Napoleón de cuestión alguna extraña á la Iglesia francesa; mas para creer en su promesa era menester que no se llevase consigo al cardenal Consalvi, al hombre que entendía en todos los asuntos principales de la corte romana.

Negóse Pío VII por este motivo á llevar más de seis cardenales, y persistió en su resolución de dejar en Roma al secretario de Estado. Consintió una transacción con respecto á las pretensiones personales del cardenal Fesch, y se convino en que éste ocupase el puesto preferente así que llegasen á Francia.

Dispuestas así las cosas, se retiró el papa á Castel-Gandolfo, donde la pureza de los aires, la quietud que suele suceder á las resoluciones fijamente tomadas y las noticias cada día más satisfactorias del recibimiento que en París se le preparaba, restablecieron su salud harto quebrantada.

Consideraba Napoleón lo que acabada de obtener como una señalada victoria que ponía el sello á sus derechos, y que en punto á legitimidad no le dejaba nada que desear. Sin embargo, no quería despojarse de su carácter propio en medio de aquellas pompas exteriores; no quería hacer ni prometer cosa alguna que pudiese parecer contraria á su dignidad y á los principios de su gobierno; y habiéndole manifestado el cardenal Fesch que convendría disputar cerca del papa á algún general que gozase de una alta consideración, destinó al general Caffarelli para que le llevase su invitación, y al redactarla, si bien lo hizo en términos respetuosos y aun cordiales, procuró que no se pudiese jamás entender que llamaba al papa para más asuntos que su consagración. La carta, escrita con toda dignidad, estaba concebida en estos términos:

«Santísimo Padre:

»Los felices efectos que ha producido en la moralidad y en el carácter de mi pueblo el restablecimiento de la religión cristiana, me impulsan á rogar á Vuestra Santidad que me dispense una nueva prueba del interés con que mira mi destino y el de esta gran nación, en una de las circunstancias más importantes que presentan los anales del mundo. Ruego á Vuestra Santidad que venga á dar en el grado más eminente el carácter de la religión á la ceremonia de la consagración y coronación del primer emperador de los franceses. Esta ceremonia adquirirá nuevo lustre celebrándola Vuestra Santidad misma, y atraerá sobre nos y nuestros pueblos

la bendición de Dios, cuyos decretos regulan á su antojo la suerte de los imperios y de las familias.

»Vuestra Santidad conoce el afecto que de largo tiempo atrás le profeso, y por él puede juzgar si me será placentero aprovechar las ocasiones que me ofrezca esta circunstancia para mostrárselo nuevamente.

»Rogamos á Dios, Santísimo Padre, que guarde vuestra vida largos años para el buen régimen y gobierno de nuestra santa madre la Iglesia.

»Vuestro devoto hijo,

»NAPOLEÓN.»

Acompañaban á esta carta las más vivas instancias para que el papa llegase á París á fines de noviembre, en vez de llegar el 25 de diciembre. No revelaba Napoleón la verdadera causa que le hacía desear se celebrase la ceremonia lo más pronto posible, y que no era otra más que su proyecto de invadir la Inglaterra, dispuesto ya para el mes de diciembre; alegaba sólo el inconveniente de retener largo tiempo en París á todas las autoridades civiles y militares, ya convocadas.

El general Caffarelli, que se había puesto en camino con toda premura, llegó á Roma en la noche del 28 al 29 de septiembre. Presentó al papa el cardenal Fesch, y fué recibido con paternal cordialidad. Recibió Pío VII la carta que el general le llevaba, y se abstuvo de leerla hasta después de la audiencia; pero así que la recorrió y vió que no se mencionaba en ella como motivo de su viaje á Francia el arreglo de los negocios de la Iglesia, experimentó el dolor más profundo, y cayó en una agitación nerviosa que inspiró gravísimas inquietudes. Este respetable pontífice, como todos los príncipes de alma verdaderamente elevada, era en rigor, más que á nada, sensible al honor y á la dignidad de su corona; creía comprometidos estos caros intereses si no se alegaba la conveniencia religiosa para explicar su traslación; por otra parte, el apodo de *capellán de Napoleón* que le daban sus detractores, le ofendía profundamente. Llamó, pues, al cardenal Fesch, y le dijo: «Lo que usted me ha traído aquí *es veneno*;» y añadió que no contestaría á semejante carta y que no iría á París, puesto que no le había cumplido la palabra. Trató el cardenal de aplacar al irritado pontífice, y juzgó que podría zanjarse esta nueva dificultad con otra consulta de cardenales; pero todos empezaban á reconocer la imposibilidad de volver atrás y se remedió el mal con una nueva nota explicativa firmada por el cardenal embajador. Se decidió finalmente que, por causa de la festividad de Todos los Santos, se pondría en camino el papa el 2 de noviembre y llegaría el 27 á Fontainebleau.

Mientras esto pasaba en Roma, el emperador lo había dispuesto todo en París para que la ceremonia se celebrase con portentoso brillo. Había convidado á los príncipes de Baden, al príncipe archicanciller del imperio germánico y á numerosas diputaciones de la administración, de la magistratura y del ejército. Había dejado al obispo Bernier, en unión con el archicanciller Cambaceres, el cuidado de examinar el ceremonial usado para la consagración de los emperadores y reyes, y de proponerle las modificaciones que exigiesen las costumbres de la época, el espíritu del siglo y aun las mismas prevenciones de la Francia contra la autoridad romana. Encomendóles el mayor sigilo para que esta

investigación no se hiciera asunto de importunas habillitas, y se reservó la decisión de los puntos que resultasen dudosos. Los dos rituales romano y francés comprendían modos de proceder igualmente repugnantes al espíritu moderno: así por el uno como por el otro, el monarca se presentaba despojado de las insignias del poder supremo, el cetro, la espada y la corona, para recibirlas de manos del pontífice; además éste tenía que ceñirle la corona, haciéndola descender sobre su cabeza, tomándola de manos, según el ritual francés, de los pares, y según el ritual romano, de los obispos, los cuales



El cardenal Fesch

la sostenían suspendida sobre el monarca, en medio de ellos arrodillado. El obispo Bernier y Cambaceres, después de haber suprimido ciertos pormenores que estaban en contradicción demasiado palpable con la época presente, opinaban que debía conservarse esta última parte de la ceremonia, substituyendo á los pares del rito francés y á los obispos del romano los seis grandes dignatarios del imperio y dejando al papa poner la corona según la práctica antiguamente adquirida. Pero fundándose Napoleón en la índole de la nación y del ejército, sostuvo que no podía recibir de aquella manera la corona de manos del pontífice; que la nación y el ejército, que eran los que se la conferían, se resentirían presenciando un ceremonial poco conforme con la realidad de las cosas y la independencia del trono. Mantúvose en esto inflexible, diciendo que conocía mejor que nadie los verdaderos sentimientos de la Francia, la cual, si bien propendía hacia las ideas religiosas, en estas cosas precisamente se mostraba siempre dispuesta á censurar á los que traspasaban ciertos límites. Quiso, pues, presentarse en la basílica con sus insignias imperiales, es decir, como tal emperador, dándose las solamente al



papa para que las bendijera. Consentía ser bendecido y consagrado, pero de ningún modo coronado. El archicanciller Cambaceres, reconociendo cuánto había de fundado en la opinión de Napoleón, encareció el peligro, nada menor, de ofender á un pontífice, ya muy apesadado, y de privar á la ceremonia de una conformidad preciosa con las pristinas fórmulas usadas desde Pipino y Carlomagno. Cambaceres y el obispo Bernier, ambos íntimamente unidos con el legado, fueron comisionados para hacer aceptar por éste los deseos del emperador; pero el cardenal Caprara, que sabía muy bien cuán importantes eran para su corte todos los negocios de fórmulas, creyó que no convenía decidir cosa alguna sin el consentimiento del papa, pero tampoco solicitar nada de la Santa Sede por temor de suscitar nuevos embarazos. Vencido de que, una vez trasladado á Francia el papa, había de tranquilizarle y lisonjearle mucho el recibimiento que se le preparaba, juzgó que todo se arreglaría más fácilmente en París bajo el influjo de una satisfacción inesperada, que en Roma bajo la impresión de vagos temores.

Vencidas estas dificultades, quedaban aún otras que tenían su origen en la familia imperial. Tratábase de asignar la respectiva categoría á la esposa, hermanos y hermanas del emperador, para la ceremonia de la consagración, y ocurría la duda de si debería Josefina ser coronada y consagrada lo mismo que Napoleón. Deseábalo ella ardientemente, porque con eso lograba estrechar sus vínculos con su esposo, y una garantía más contra un repudio futuro, que era la pena constante de su vida. Napoleón vacilaba entre su ternura hacia ella y los secretos presentimientos de su política, cuando una ocurrencia de familia estuvo á pique de perder en un momento á la malhadada Josefina. Todos se agitaban en torno del nuevo monarca, los hermanos, las hermanas, los deudos; cada cual quería hacer en aquella solemnidad, en que no parecía sino que iban á ser consagrados todos, un papel conforme con sus pretensiones actuales y con sus esperanzas futuras. Al presenciar aquella agitación y las instancias de que Napoleón era objeto, sobre todo de parte de una de sus hermanas, aturrida Josefina y devorada por los celos, manifestó ciertas sospechas injuriosas contra aquella hermana y contra el mismo Napoleón, y conformes con las atroces calumnias de los emigrados. Montó Napoleón en cólera vehemente, y sacando de su ira fuerzas contra su afección, amenazó á Josefina con separarse de ella (1), diciendo que puesto que tarde ó temprano había de ser forzoso hacerlo, mejor era verificarlo desde luego antes de contraer más estrechos vínculos. Llamó á sus dos hijos adoptivos, les participó su resolución, y con esta noticia los dejó sumidos en el dolor más profundo. Hortensia y Eugenio de Beauharnais declararon con resolución tranquila y triste que acompañarían á su madre al retiro á que se la quería condenar. Josefina, mejor aconsejada ya, se manifestó en su dolor resignada y sumisa; el contraste que ofrecía su pesadumbre con la satisfacción que en el resto de la familia imperial rebosaba, traspasó de lástima el corazón de Napoleón, y no pudo éste decidirse á ver desterrados é infelices á aque-

(1) Reproducimos fielmente la narración de un personaje respetable, testigo ocular, y de la familia imperial, el cual perpetúa este recuerdo en sus memorias manuscritas. (N. del A.)

lla compañera de su juventud y á aquellos dos inocentes seres objeto de su paternal ternura. Abrazó á Josefina, díjola con efusión que jamás tendría entrañas para separarse de ella, aunque su política quizás lo exigía, y después la prometió que sería coronada con él y que recibiría á su lado de manos del papa la consagración divina.

El ánimo inestable de Josefina pasó del terror á la más vehemente alegría, y se entregó totalmente á los preparativos de aquella ceremonia con júbilo pueril. En sus secretos planes de restablecer el imperio de Occidente, quería Napoleón tener reyes vasallos en torno de su trono. Ya había hecho por de pronto á sus dos hermanos José y Luis grandes dignatarios del imperio; en breve los convertiría en reyes, y hasta disponía ya un trono en la Lombardia para el primero. Su intención era que, sin embargo de ascender á reyes, permaneciesen siendo grandes dignatarios del imperio francés del Occidente, á la manera que los príncipes de Sajonia, Brandeburgo, Bohemia, Baviera y Hannover, etc., pertenecían al imperio germánico. Para esto era preciso que la ceremonia de la consagración correspondiese con su proyecto y fuese como una imagen emblemática de la realidad que venía preparando. No admitía Napoleón que obispos ni pares sostuviesen la corona suspendida sobre su cabeza, ni que se la ciñese el primero de todos los obispos, que era el de Roma. Quiso, por razones análogas, que los dos hermanos suyos destinados á ser reyes vasallos del grande imperio, ocupasen á su lado un puesto que diese claramente á entender este futuro vasallaje, y dispuso que aquéllos le acompañasen sosteniendo la orla de su manto imperial cuando en la basílica tuviese que trasladarse desde el trono al altar y viceversa. Esto mismo había de hacerse con la emperatriz, siendo sus hermanas las que desempeñasen con Josefina el oficio que con él debían llenar sus hermanos. Para conseguirlo fué menester una manifestación enérgica de su voluntad, porque aunque repugnase á su natural bondad cualquier disgusto de familia, sabía mostrarse absoluto siempre que sus resoluciones atañían á los designios de su política.

Corría el mes de noviembre, y todo estaba ya dispuesto en la iglesia de Nuestra Señora. Habían llegado las diputaciones; estaban cerrados los tribunales; sesenta obispos y arzobispos habían abandonado el cuidado de sus diócesis, acompañados por sus cabildos; hallábanse en París los generales, los almirantes, los oficiales más distinguidos de mar y tierra; los mariscales Davout, Ney, Soult; los almirantes Bruix y Ganteaume, en vez de hallarse en Brest ó en Bolonia; y pesábale esto mucho á Napoleón, porque las pomposas ceremonias eran á sus ojos, aunque afecto á ellas, de menos importancia que los negocios. Estaba la capital atestada de gente curiosa que había acudido de todos los puntos de Europa y de la Francia, y que esperaba con impaciencia el espectáculo extraordinario que la atraía. Pero Napoleón, á pesar de que no le disgustaba ser objeto continuo de la pública expectación, quería que acabase pronto aquel estado de cosas por salir del orden regular que tanto le complacía ver reinarse en su imperio. Mandaba reiteradamente comisionados al papa, con cartas llenas de filial ternura, pero también con vivísimas instancias, para que tuviese á bien apresurar su marcha. A fuerza

de demorarlo, se fijó para la ceremonia el día 2 de diciembre.

Decidióse por fin el papa á dejar á Roma. Después de haber confiado todos sus poderes al cardenal Consalvi y de haberle abrazado repetidas veces, fué el día 2 de noviembre por la mañana al altar de San Pedro, y permaneció allí largo tiempo arrodillado, entre cardenales, grandes de Roma y gente del pueblo. Hizo en aquel altar una ferviente plegaria, como si hubiera que arrostrar grandes peligros, y entrando luego en su carruaje tomó el camino de Viterbo. Los habitantes del pueblo transteverino, siempre fieles á sus pontífices, le acompañaron un gran rato sollozando al lado del coche. Habían ya pasado los tiempos en que la corte romana era la más ilustrada de la Europa. En la actualidad, los ancianos del Sacro Colegio, ignorantes de la época en que vivían y censuradores de la prudente condescendencia de Pío VII, que no comprendían, daban crédito á las fábulas más absurdas. Había entre ellos quien reputaba verosímil el rumor del vulgo de que se le araba al papa una celada en Francia para hacerle prisionero y quitarle sus Estados; ¡como si Napoleón tuviera necesidad de recurrir á semejante medio si quisiera ser dueño de Roma; como si en aquellas circunstancias pudiera el monarca francés desear ninguna otra cosa más que una bendición pontifical, que hiciese el carácter de su poder respetable á los ojos de los hombres!

Quiso al partir Pío VII, á pesar de la estrechez en que vivía, llevar consigo algunos presentes dignos del huésped en cuya morada iba á residir, y con su delicadeza de tacto acostumbrada, eligió para regalar á Napoleón dos camafeos antiguos, tan notables por su belleza como por su significación. Representaba el uno un Aquiles, y el otro la continencia de Escipión; y destinaba además para Josefina varios vasos, también antiguos, de admirable trabajo. Para las damas de la corte llevaba profusión de rosarios, por consejo de Mr. de Talleyrand.

Púsose, pues, en camino, atravesó el Estado romano y la Toscana, dejando arrodillados á su tránsito los pobladores de Italia, y fué recibido en Florencia por la reina de Etruria, ya viuda, y en la actualidad regente del nuevo reino fundado por Napoleón durante la menor edad de su hijo. Esta princesa pia y religiosa, como princesa española, acogió á Su Santidad con demostraciones de devoción y de respeto que le lisonjearon infinito. Entonces empezó el pontífice á recobrar un tanto de sus profundas inquietudes. Quiso evitar el paso por las Legaciones, para no confirmar con su presencia la adjudicación que de aquel territorio se había hecho á un Estado extraño, y le llevaron por Plasencia, Parma y Turín. Antes de entrar en Francia acompañábanle ya autoridades y tropas francesas; vió al veterano Menou y á los oficiales del ejército de Italia inclinarse á su presencia con veneración, y le halagó la expresión respetuosa de sus semblantes varoniles. El cardenal Cambaceres, un gentilhomme del palacio y Mr. de Salmatoris, enviados á su encuentro, se le presentaron en la frontera del Piamonte, que era la del mismo imperio, y pusieron en sus manos una carta de Napoleón llena de frases de agradecimiento y de ardientes votos por el pronto y feliz viaje del pontífice. Tranquilizado cada vez más, iba ya Pío VII perdiendo el miedo á las conse-

cuencias del paso que había dado, y en esta disposición de ánimo atravesó los Alpes. Tomáronse de antemano extraordinarias y minuciosas precauciones para que su paso, y el de los ancianos cardenales que le acompañaban, por aquel punto, fuese fácil y seguro; y había oficiales del palacio imperial que ocurrían á todo lo necesario con indecible eficacia y magnificencia. Llegó por fin á Lyon, donde cedieron completamente sus temores á una verdadera maravilla. Un gentío inmenso había acudido de la Provenza, del Delfinado, del Franco Condado y de la Borgoña para ver al representante de Dios



Napoleón I, emperador

en la tierra; porque no hay pueblo en cuyo corazón no exista un instinto profundo, aunque confuso, de la Divinidad: poco importa la forma bajo la cual la ofrezcan á su adoración, siempre que sea una forma tradicionalmente admitida y que la vea respetada por los que son superiores á él. Si á la natural energía de este sentimiento se agrega el poder extraordinario de las reacciones y la vehemencia con que la muchedumbre vuelve á las cosas antiguas que abandonó momentáneamente, no causará en verdad admiración que el pueblo francés de las ciudades y de las aldeas acudiese con tanta premura al encuentro del Padre Santo. Al ver á su paso prosternada aquella nación que le habían pintado como levantada siempre contra las autoridades del cielo y de la tierra, nación que había derribado tronos y puesto en cautiverio á un pontífice, se maravilló Pío VII, cobró confianza, y reconoció que su antiguo consejero Caprara decía la verdad cuando le aseguraba que aquel viaje sería sumamente beneficioso á la religión y que á él le produciría satisfacciones infinitas. También en Lyon recibió otra carta del emperador dándole nuevas gracias